

No inquirimos aquí si otros encuentran igualmente dificultades, cuando tratan de convertirse en hombres. Nos bastan dos verdades irrefutables. La primera consiste en que es imposible ser verdadero hombre sin largo y penoso trabajo de purificación personal; la segunda es que no tendríamos que sufrir tan duros asaltos, si nuestra ley cristiana no nos obligase á probarlo todo para convertirnos en hombres.

**4. Cómo debe uno comportarse con la naturaleza para hacerse hombre.**—Esta comprobación no es más que el primer paso para la renovación moral. Antes que la teoría se convierta en práctica, preciso será responder con claridad á una segunda cuestión, la de saber cómo puede tener lugar esto; en otros términos, cómo debemos tratar á la naturaleza humana, si queremos ennoblecerla y perfeccionarla.

Ahora bien, nos encontramos aquí entre dos grandes extremos: el Humanismo y la pura humanidad. He aquí la respuesta del primero: «Lo que constituye al hombre, consiste en cultivar todo lo que es verdaderamente humano, en desarrollarse á sí mismo. Violentar un instinto, querer imponer límites á los impulsos humanos, le parece á la humanidad tan injusto como imposible.»

La otra tendencia es la gnóstica, maniquea, protestante y jansenista, la cual, en la filosofía moderna, está representada por Kant, Hegel y Schopenhauer. Llamámosle abreviadamente escuela de la inhumanidad, pues no sabe hablar del hombre más que con cólera, burla ó menosprecio. Según ella, el hombre está corrompido hasta la médula de sus huesos. Para mejorarse, debe comenzar por blasfemar de la naturaleza, despojarse de la humanidad y pisotear todo lo que es humano.

Fácil es comprender que, desde estos dos puntos de vista, es imposible el ennoblecimiento. El Humanismo ahoga al hombre con un exceso de humanidad; la inhumanidad lo deja perecer, ó le hace perder toda su sangre. En el Humanismo, debe volver al estado salvaje; en la inhumanidad,

es pisoteado; pero en ninguna parte es mejorado.

Vemos con esto que nuestra empresa exige gran circunspección y mucha mesura. No debe alhagarse á la naturaleza, pero tampoco dañarla. Descuidándola, no se obtiene mejor resultado que exagerándola. Pero encontrar el justo medio, no es tan fácil como se cree. Pongamos un ejemplo, que cada uno puede observar en sí. No hay nadie que no haya pecado con la lengua, ó traspasado la justa medida en el recreo, ó aprendido, en sus relaciones con el mundo, cuan fácilmente se pierde el hombre, desde que se mezcla con otros hombres. Fácil es decir entonces, en el primer despecho de la impaciencia irritada, ó en el arrebató del orgullo de la virtud herida: «Jamás volveré á esta sociedad; en adelante, sabré contener mi lengua; me aparto de todo.» Sí, ¡si tan sólo se mejorase obrando así! ¡Si tan sólo pudiese sostener su resolución! Pero esto no tiene más importancia que si dijere: «Continúo siendo lo que soy.» Ahora bien, no se trata de no tener ya relaciones con los hombres, sino de aprender á tratarlos como es debido; no se trata de imitar á los peces, sino de decir en tiempo oportuno lo que conviene, de hablar lo que convenga, sin dañar á los otros, en una palabra, de hablar como hombre perfecto. Esto vale mucho más que no hablar de todo, pero es también mucho más difícil. Sin duda que el siguiente es un buen principio: «El silencio es una gran virtud, lo mismo en el viejo que en el joven»; <sup>(1)</sup> pero es un consejo tan justo y tan útil este otro: «No conviene tampoco guardar demasiado silencio, porque un mutismo exagerado produce con frecuencia lo que una interminable charlatanería sin sustancia. De aquí que siempre sea preciso guardar la debida mesura.» <sup>(2)</sup>

Lo que se dice con relación á esto, se dice con relación á todo, excepto á ciertos peligros, á los cuales sería una locura y un pecado exponerse deliberadamente, aunque sólo fuese á la más mínima tentación. El exceso es siem-

(1) *Der deutsche Cato*, 129 y sig. (Zarncke, 34).

(2) Thomasin, *Der welsche Gast*, 719 y sig.

pre dañino. Nuestra empresa no consiste ni en destruir la naturaleza, ni en proceder con ella con culpable negligencia, sino en trabajarla y en ennoblecerla.

He aquí lo que quiere decir esta expresión tan mal comprendida: mortificación. Todo el secreto de la perfección humana se encuentra en la exacta inteligencia de esta palabra. No decimos que sea necesario aniquilar la naturaleza, porque no es acogotándola á mazazos como se la mejora; tampoco decimos que haya que renegar de la naturaleza, sino que es preciso hacernos violencia. Obrando así, emprendemos una empresa múltiple. Desde luego, debemos desprendernos de todas esas inclinaciones que hemos dejado arraigar en nosotros, como de malas yerbas. Después, debemos moderar y limitar los sanos y legítimos impulsos, como se cortan las ramas y los sarmientos. Finalmente, debemos suprimir sin piedad alguna la resistencia contra esa disciplina del espíritu, que no es más que la señal de una inclinación enfermiza.

He aquí el triple sentido de esta palabra tan temida, una de las más necesarias y más conformes á la naturaleza que posee la más noble de todas las lenguas, la lengua del ascetismo, es decir, de la formación moral.

En efecto, la mortificación no es otra cosa que los primeros pasos que se dan hacia la perfección, al intentar despojar seriamente á nuestra verdadera naturaleza de todas las malas inclinaciones que contiene. Por consiguiente, el deber de la mortificación no pertenece al yugo que Dios nos ha impuesto, sino al que la humanidad nos da en la persona de su primer tronco, y que cada hombre se ha impuesto por su propia falta. Para vivir como hombres y de un modo conforme á la naturaleza, debemos aprender á renegar de nosotros, á hacernos violencia y á mortificarnos.

**5. Unión de lo natural y de lo sobrenatural, del cristiano y del hombre.**—Desde luego, no puede incluirse la obligación de la conversión en el número de las cosas á que estamos obligados por la ley sobrenatural de

Jesucristo. No es el cristiano el que debe ser transformado, sino el hombre caído en el grado en que lo está. El pecador ha rechazado la gracia de Dios, y, de este modo, no ha quedado más que el hombre, pero el hombre despojado de su dignidad, el hombre asolado. Este hombre se ha separado de Dios, se ha inclinado al mal y ha corrompido su propia naturaleza. Hay que reparar esta triple desgracia. El hombre debe separarse del mal y volver de nuevo á Dios, á fin de que su gracia caiga sobre él, cure su naturaleza y lo conduzca al camino de la vida sobrenatural. Todo esto comprende esta breve palabra, *conversión*. Claro es que el que está pervertido es el hombre que ha dirigido un pensamiento hacia la tierra, el hombre que sólo piensa en las cosas terrenales. El hombre sobrenatural, hijo de Dios, hace y debe sin duda facilitar este trabajo al hombre natural. Sin embargo, al hacer esto, no hace más que cargar con la obligación que incumbe á este último, pero que es muy difícil para él solo.

Precisamente esta obligación de conjunto es la que hace tan difícil la regeneración. El camino de la salvación tiene justamente de particular que, desde el principio, atrae nuestra atención sobre las dificultades que ofrece, para ahorrarnos decepciones. Pero se trata de armonizar lo natural y lo sobrenatural, de tal modo que el uno no perjudique al otro, que lo natural se subordine á lo sobrenatural, que lo sobrenatural pueda reinar sin empequeñecer al uno y sin sacrificar al otro, sin producir lagunas entre ambos. Preciso es que jamás pueda decirse: «Aquí el cristiano ha puesto de relieve al hombre, y allí lo ha olvidado por completo.» Siempre y en todas partes debe ser á la vez hombre y cristiano en una sola persona, sin que el hombre enpequeñezca al cristiano, ó el cristiano al hombre, de cualquier manera que sea, absolutamente como ocurre con la naturaleza humana y la divina en Jesucristo, nuestro jefe y nuestro modelo. He aquí una cosa que jamás se aprenderá demasiado pronto; este trabajo debe comenzar con la regeneración.

Si tan sólo tuviese el mundo una idea de la grandeza de esta empresa, sin duda alguna que no hablaría con tanto orgullo y amargura de las diferentes desavenencias que se producen en la vida del cristiano. También lo lamentamos nosotros, y con frecuencia el supuesto culpable es el que se siente lleno de confusión, cuando la preocupación de cumplir un deber religioso le ha hecho descuidar un deber civil ó profesional, le ha impedido hacer un servicio, ó cuando, por lo contrario, el placer que ha encontrado en las alegrías profanas, le ha impulsado á descuidar un deber religioso. Pero ¿es que semejantes omisiones, con frecuencia muy inofensivas, deben ser inmediatamente estigmatizadas con las malvadas palabras de gazmoñería, clericalismo ó hipocresía? Preciso es que se juzgue todo con aquel sentimiento rudo, que llegó hasta interpretar mal la amabilidad del Salvador, y lanzarle al rostro, cuando, por condescendencia, aceptó una invitación, estas odiosas palabras: «He aquí un hombre glotón y bebedor de vino.»<sup>(1)</sup> ¿No puede uno, pues, pensar también en faltas cometidas por debilidad? ¿Se deberá lanzar inmediatamente la falta contra la cosa misma, y burlarse de la incompatibilidad entre lo profano y lo divino, en vez de considerar la cosa seriamente y tratar á las personas con caridad? ¿Es que nuestros críticos nos juzgarían con tanta severidad, si ellos mismos se hubiesen aplicado á la empresa, que ciertamente no es fácil, de la renovación y de la regeneración?

Únicamente decimos esto para obtener alguna indulgencia de parte de nuestros acusadores. No queremos excusarnos cuando nos hacemos culpables de una falta, y desgraciadamente tenemos muchas que deplorar, aun allí donde el ojo más perspicaz de nuestros adversarios no distinguiría ninguna; á cada momento nos decimos que estamos muy lejos de haber cumplido todas las obligaciones de nuestra vocación.

¡Ah, ciertamente, si las cumpliésemos, cuán distinta, se-

(1) Matth., XI, 19.

ría la suerte de nuestra fe en el mundo! ¡Cuántas censuras se callarían, si las virtudes religiosas y eclesiásticas estuviesen siempre al mismo nivel que el cumplimiento de los deberes naturales! Si la piedad pudiera forzar la estimación con la armonía completa de la firmeza de carácter y del cumplimiento de los deberes sociales; si la servicialidad más simpática caracterizara siempre á las gentes de iglesia; si todos los que vemos acercarse con el mayor celo á los Sacramentos se distinguiesen por la delicadeza de sus costumbres, por una exactitud y una fidelidad exentas de censura en la vida ordinaria, ¡cuántas obras apologéticas se harían superfluas por este solo hecho!

Pero esto es tan difícil de ejecutar, como hermoso de pregonar y hermoso de ver, allí donde lo encontramos realizado—y, gracias á Dios, no es todavía muy raro.—La religión no ha arrebatado al cristiano ninguna de las debilidades que comparte con los hijos de Adán; no le ha suprimido ninguna obligación natural; no le ha prohibido ninguna alegría humana lícita, ningun goce aprobado por la ley natural, ninguna libertad que el hombre natural se atreva á permitirse. Lo que es naturalmente un derecho y un deber, no se le ha arrebatado, siquiera la ley natural le haya impuesto deberes más elevados.

Así, pues, la religión sobrenatural nada ha cambiado en la vida natural, sino que ha consolidado las barreras ya levantadas por las leyes naturales, y ha prohibido con más severidad el abuso de la fuerza, y ha puesto á la arbitrariedad un freno más potente, y ha dirigido la práctica del bien natural hacia un fin más elevado.

Así, pues, puede permitirse el cristiano todos los placeres que la razón y la conciencia autorizan en el hombre. Lo que la fe se ha contentado con añadir á esto, es el arte de buscar en ello, no su propio recreo, sino el honor de Dios, con un dominio personal mayor, con la caridad y con la santidad de la intención.<sup>(1)</sup> Pero estar obligado á aceptar una invitación y frecuentar la sociedad, como hombre, lo

(1) I Cor., X, 31. Col., III, 17. Phil., IV, 4. I Thessal., V, 16.

mismo que como cristiano; no olvidar, en medio de todas las alegrías, ni el dominio personal natural, ni la dignidad humana de Aquél que lleva en su corazón como regenerado, y volver mejor que no fué, he aquí lo que exige de él un esfuerzo más difícil que al hijo del mundo.

Lo mismo exactamente ocurre con el honor. Nada más erróneo que la opinión de que el verdadero cristiano debe renunciar á los sentimientos de honor y al pundonor. El hombre de mundo considera el honor como un derecho; el cristiano lo considera como un deber, y aun como un deber cristiano. Aquél cree que puede hacer lo que quiera de su honor; éste está convencido de que debe cuidarse de él como de una cosa que se debe, no sólo á sí mismo, sino también á Dios. Allí donde otros quieren solamente gozar de su honor, sabe el cristiano que no está destinado á reposar aquí bajo laureles, sino que debe sembrar acciones que únicamente hagan germinar el honor, la justicia y la verdadera virtud interna. <sup>(1)</sup> Si otros, al oír la palabra honor, sólo piensan en ellos, sabe el cristiano que su propio honor no es más que un medio para fomentar el honor de Dios.

Lo mismo ocurre con el trabajo. El cristiano ha nacido para trabajar, lo mismo que el hombre; pero hay una diferencia enorme entre el trabajo cristiano y el no cristiano. El hombre, sin la fe que le obliga, en nombre de Dios, á trabajar por Dios, trabaja gimiendo, con inquieta precipitación, y aun con cólera, porque lo necesita ó porque busca el lucro. El cristiano trabaja por deber, y esto para satisfacer su doble obligación para con Dios y para con su vocación, pero también con la idea sublime de que una bendición más elevada ó una fuerza sobrenatural ayudan á su debilidad. Esto le fortalece, de tal suerte que trabaja tanto como puede, pero nunca más allá de sus fuerzas, y de tal modo, que no pierde, en la pena y en el fracaso, la tranquilidad que le presta la certeza de una recompensa, si no temporal, por lo menos eterna.

(1) Augustin., *Civ. Dei*, 5, 12, 3. Bernard., *In nat. S. Bened.*, 11. Thomas, 1, 2, q. 129, a. 4, ad 1; q. 131, a. 1.

Si, pues, hay temor sin fundamento, aplíquese precisamente esto á que la vida cristiana pueda perjudicar los derechos y deberes del hombre. No quiere decir esto que, en los cristianos y en las sociedades cristianas, esté siempre el cristiano á la altura de su misión como hombre, ya que desgraciadamente ocurre esto con demasiada frecuencia, y nosotros somos los últimos en creer que el negarlo equivalga á hacer un servicio á nuestra causa. Pero lo que decimos es que sólo ocurre esto allí donde la vida del cristiano no se armoniza con sus leyes. De aquí que encontremos, como repetidamente lo hemos dicho, en toda falta seria, cometida contra las obligaciones naturales del hombre, es decir, en toda violación de la justicia, del deber, de la formación moral y de la equidad, y en toda infracción notable de las conveniencias naturales, una prueba de que todavía no se ha realizado en el infractor la vida cristiana de un modo perfecto.

**6. Apropiación libre de lo sobrenatural según la naturaleza del hombre.**—Pero si confesamos francamente que consideramos semejantes defectos como debilidades censurables en el cristiano como individuo, debemos dirigirnos con mayor decisión aún á aquellos que quieren hacer de esto un reproche contra el Cristianismo. Más bien hay en ello tres especies de defectos que redundan en honor de éste, porque prueban la reserva con que trata las particularidades de sus adeptos en la regeneración.

Nuestra religión no es un lecho de Procusto; la educación que da, nada tiene de común con la de cuartel; preferiría ofrecer un blanco á la crítica poco benévola, á violentar el carácter de sus discípulos. Casi podría decirse que posee cierta ansiosa timidez, que engendra en ella el temor de perjudicar á la libertad personal y á las particularidades de los individuos y de los pueblos.

Así, pues, allí donde reina un resto de sentimiento verdadero cristiano, se encuentran algunos fragmentos de esos caracteres naturales, que, como sellos particulares, son propios de todos los tiempos y de todas las sociedades

cristianas. Cuando el habitante del Norte, al que sus predicadores han habituado desde su más tierna infancia á no tener relaciones con Dios más que con sujeción á la etiqueta más tiesa, y con una fraseología penosa y enfática, baja á las regiones meridionales y observa en ellas la familiaridad con que los niños, y con frecuencia también las personas de edad, tratan á la Virgen, al Niño Jesús, y aun al mismo Padre Eterno que está en el cielo, queda completamente desorientado con relación á lo que hasta entonces había entendido por piedad y religión. Si permanece algún tiempo en estos países, y observa las devociones y fiestas particulares de una aldea, y que cada una tiene sus santos propios y sus prácticas religiosas especiales, llega hasta sentirse tentado á dudar de la unidad católica. En la vida civil, las antiguas costumbres, tan fuertes, tan vigorosas, casi en todas partes han sido substituídas por un barniz superficial que nada significa; pero, en los países católicos, la antigua originalidad hace siempre crecer algunos nuevos retoños en las iglesias, en las capillas y en las devociones domésticas. ¡Demos gracias á Dios por este beneficio! Lo mismo ocurría, <sup>(1)</sup> pero de un modo completamente particular en la Edad Media, y lo mismo ocurre todavía allí donde hay algo del verdadero espíritu cristiano, con cuya protección, toda particularidad autorizada de la naturaleza, está tan seguramente salvaguardada. <sup>(2)</sup>

Precisamente en esto reconocemos uno de los signos característicos que distinguen tan esencialmente, uno de otro, el espíritu del Cristianismo y el supuesto espíritu moderno. El ideal de este último es la uniformidad, hasta el punto de que lograría su objeto, si pudiese transformar el mundo entero en un gran cuartel. Empieza su tarea tratando despiadadamente á la juventud escolar; y no es falta suya, si los pequeños domésticos no son maravillas de ciencia tan grandes como los profesores y los académicos.

(1) V. más arriba, XI, 17.

(2) Cf. primera parte, XVII, 7 y sig.

Y como ha comenzado, continúa. Vestirse según una moda única, saludar de la misma manera, tener el mismo carácter de escritura de un polo al otro, así como los mismos rasgos fisonómicos, enseñar á todos á pensar, á obrar, á votar, según la orden de algún jefe visible, he aquí lo que se proponen todas las instituciones y todas las leyes. Fácil es comprender que de aquí proviene esa desconfianza contra el orden cristiano, refugio seguro de la libertad. Porque mientras exista en la tierra una institución que persiga ante todo el fin de conservar á los hombres su vida moral y religiosa, y, por consiguiente, aquello que más de relieve pone su propia personalidad, es decir, sus propias particularidades, ¿cómo queréis que puedan triunfar los efectos de un trabajo de civilización tan nivelador?

Por lo contrario, bajo la dirección del espíritu cristiano, cada uno puede emprender con seguridad sobre sí mismo la obra de civilización más elevada y necesaria, á saber, la transformación moral interior. Sólo que deberá confiar en que la fe le recuerde sus deberes con gravedad inquebrantable, y le indique con firmeza su fin y el único camino que á él conduce; pero no se le impondrá mayor violencia. Libre es de cumplir el mandamiento de un modo ó de otro, de conformidad con su situación, con sus inclinaciones, con sus preferencias. <sup>(1)</sup> Muchos espíritus estrechos se escandalizan de esto, creyendo que se debería tirar más de las riendas á las mujeres y á gran número de personas un poco excéntricas; pero la Iglesia prefiere una censura, á proceder mal con alguno á propósito de una cosa que no se opone á su salvación y que no inutiliza los bienes de Dios.

¿Dónde existe una ley, fuera de la cristiana, que quiera poner tan generosamente en litigio su propia causa por la libertad del individuo? Para comprender bien esto, basta pensar el gran peligro que corre al obrar así. ¡Ah! ¡cuán fácil sería su empresa, si quisiera contentarse con una suma determinada de ciertas exterioridades uniformes, cortadas

(1) Rom., XIV, 5. Véase especialmente sobre este pasaje á S. Ambrosio.